

LADRONES DE PETRÓLEO. Sobre la explosión de oleoductos en Nigeria

Leo en *un breve* de El País que cien personas han muerto en el incendio de un oleoducto en Ijegan, un barrio periférico de Lagos (Nigeria), la mayor ciudad miseria de África, que cuenta con diecisiete millones de habitantes. Según el periódico, la causa de la explosión ha sido que una excavadora, dedicada a las obras de ampliación de una carretera, ha golpeado el conducto por el que circula el *oro negro*. Según otros medios decenas de niños y niñas de una escuela secundaria se encuentran entre las víctimas —ahogadas por el humo o aplastadas contra un muro en el intento de huida—. *El País* advierte que este tipo de explosiones son recurrentes en Nigeria. “Eso sí, a diferencia de esta última tragedia, los demás incendios fueron provocados con la intención de robar combustible” (*El País*, 15 de mayo de 2008). Este caso es, por tanto, *excepcional*, ha sido *un accidente*. Los ladrones de petróleo son, sin embargo, los culpables de las decenas de explosiones que, desde finales de los noventa, han provocado miles de muertes.

Como lector, sin embargo, me asaltan algunas preguntas no resueltas. ¿Se las habrá hecho el periódico? Me pregunto, por un lado, cómo es posible que *pueda tener lugar* un accidente de estas características junto a unas escuelas cercanas. Si las escuelas están ahí al lado, quiere decir que en los barrios periféricos de Lagos hay oleoductos —esos que explotan recurrentemente— que pasan junto a las escuelas.

También me pregunto cómo es posible que un accidente de estas características provoque el incendio de quince viviendas y la muerte de sus moradores. Si los datos del periódico son ciertos, en los barrios periféricos de Lagos hay oleoductos —los mismos que han provocado miles de muertes en menos de diez años— que pasan junto a las viviendas.

Nigeria produce más de dos millones de barriles de petróleo al día, es el séptimo exportador mundial y suministra, aproximadamente, el diez por ciento del crudo consumido por Estados Unidos. Me pregunto, en tercer lugar, cómo es posible que, en el principal país productor de petróleo de África, *pueda existir gente* que perfore oleoductos, a sabiendas de los enormes riesgos para su propia vida. Si los datos del periódico son ciertos, en los barrios periféricos de Lagos hay personas —en medio de un país atestado de crudo— que se juegan la vida para robar pequeñas cantidades de combustible.

En 1970 diecinueve millones de nigerianas y nigerianos vivían con menos de un dólar al día. En 2000 eran noventa millones. Las explotaciones petrolíferas —la Shell inauguró su primer pozo en el delta del Níger en 1956— lo han contaminado todo —la tierra, los ríos, la lluvia— y han hecho impracticable la pesca y la agricultura, principales medios de subsistencia de la población. La industria petrolera de Nigeria es la mayor fuente de calentamiento global del planeta. El combustible para uso cotidiano —para cocinar, para calentarse— es enormemente escaso para la mayoría de la población.

El principal objetivo de la industria petrolera es sacar el crudo del país, para alimentar la seguridad energética de Estados Unidos y la Unión Europea, es decir, para garantizar el ingente consumo de nuestras sociedades. Que los oleoductos pasen junto a las escuelas y a las casas es irrelevante. O quizás no. En un reciente encuentro, Carlos Alberto Ruiz Socha, jurista colombiano, nos contaba la estrategia de las petroleras en su país, trazando los oleoductos junto a los caseríos para utilizar a la población como escudos humanos y, de ese modo, evitar los sabotajes de la guerrilla.

No son las familias faltas de combustible, por cierto, las principales *ladronas* de petróleo en Nigeria. “Los lagosianos empobrecidos que llenan de petróleo con cucharas sus bidones son abastecedores a bajo nivel en un vasto ecosistema del crimen que llega a los niveles más

elevados del gobierno y de las fuerzas armadas, y que involucra la complicidad de los grandes internacionales del petróleo.”¹ Militares, funcionarios gubernamentales y sus conexiones internacionales controlan un mercado negro de miles de millones de dólares.

La intensificación de las resistencias populares contra las petroleras –desde el movimiento no violento del pueblo Ogoni, saldado con la salvaje ejecución de sus líderes, hasta las diversas milicias que, en la actualidad, sabotean la actividad de las multinacionales– ha potenciado el despliegue militar norteamericano y europeo en la zona. Uno de los principales objetivos del AFRICOM, comando norteamericano en África, es garantizar la seguridad de las multinacionales petroleras, en un escenario de fuerte incremento de las importaciones norteamericanas de petróleo procedente, fundamentalmente, del Golfo de Guinea. La subordinación de España y de la Unión Europea a esta estrategia, esperando recibir su porción del pastel, quizás explique la escasa pericia de *El País* para responder a preguntas derivadas del sentido común.

Mayo 2008

¹ WATTS, Michael: Infierno petrolero